

DG 734
D2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

IMPRESIONES

DE VIAGE

— LA VILLA PALMIERI —

En la villa Palmieri es donde Boccaccio escribió su Decameron. Creí que este título me reportaría ventaja, é instalé mi bufete en la sala donde cuatrocientos noventa y tres años antes el autor de las cien novelas había establecido el suyo.

ALEJ. DUMAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vols. 1625 MONTERREY, N. L.

I

LAS FIESTAS DE SAN JUAN EN FLORENCIA

Durante nuestra permanencia en Florencia nos apercebimos una tarde al abrir nuestra ventana, de que el Domo y el Campanillo estaban iluminados: esta iluminación anunciaba para el día siguiente el principio de las

fiestas de San Juan. No queríamos perder ningún detalle de aquellas fiestas que se nos habían alabado muchísimo anteriormente en Génova y Liorna, y salimos al punto. Aunque estábamos hospedados en un extremo de la ciudad, nos encontramos luego que salimos á la calle, en medio de un tropel cada vez mas compacto á medida que nos aproximábamos al centro de la población. Aquel tropel pasaba con tal sensatez y moderación, que el silencio de nuestro *palazzino*, situado, es verdad, entre un patio y un jardín, no había sido turbado, y si la iluminación del Domo no nos hubiese anunciado la fiesta, hubiéramos podido pasar toda la noche sin imaginar ni un instante que Florencia entera estaba en las calles. Es ese un rasgo característico de los italianos de Toscana; individualmente son alguna vez bulliciosos, pero sus reuniones casi siempre son silenciosas.

Magnífico es el aspecto de Florencia de noche y al bello resplandor de la luna: entonces sus columnas, sus iglesias, sus monumentos, adquieren un carácter grandioso, que hace desaparecer en la sombra esos mezquinos edificios modernos que puede decirse se construyen para viajeros de paso. Seguimos el tropel, que nos llevó á la plaza del Domo; parecíame que veía la iglesia por primera vez; tanto había crecido en proporciones: el Campanillo sobre todo, aparecía gigantesco, y sus iluminaciones parecían confundirse con las estrellas. El bautisterio de San Giovanni estaba abierto, y descubierta la urna del santo: la iglesia parecía llena, y sin embargo, se entraba fácilmente en ella; porque en Florencia, en vez de oprimir sin cesar contra los demás, cómo se acostumbra entre nosotros, se ayudan mutuamente, cada uno se estrecha, se coloca, y se está en último resultado cómodo, allí donde se hubiera creído desde luego ser sofocado infaliblemente.

La religión me pareció participar de ese mismo carácter de dulzura que había ya observado en todos los actos exteriores del pueblo. En Florencia es tratado Dios con cierta familiaridad respetuosa que no carece de encanto, sobre poco mas ó menos como tratan al gran duque, es decir, que se quitan el sombrero y le sonríen. Por lo demás, yo no sé si este se cree mucho mas poderoso que aquel, pero de seguro no aparenta creerlo mejor.

El bautisterio estaba magníficamente iluminado, de modo que pudimos distinguir muchos detalles que se nos habían escapado en nuestra primera visita. En las iglesias de Italia hay generalmente menos claridad de día que de noche. Fijámos nuestra atención especialmente en una estatua, la Esperanza, de Donatello; una Magdalena un poco demacrada, de una exactitud un poco anatómica, del mismo autor, pero llena de arrepentimiento y humildad; y en fin, en el sepulcro de Juan XXIII también de Donatello, cuyo epitafio: *Quondám papa*, escitó en tan alto grado la cólera de Martín V, que escribió sobre esto al prior, que la lápida de mármol censurada, no debía en su opinion, conservar al difunto mas que el título de cardenal, con el que había muerto.

Es verdad, preciso es decirlo, que Balthasar Cozza fué un papa particular. Noble napolitano, pero sin fortuna, probó el medio de adquirirla haciéndose pirata: un voto hecho en lo mas horrible de una tormenta, le arrojó en las órdenes, en donde, gracias al apoyo, á las recomendaciones y sobre todo á la riqueza de Cosmè el Antiguo, amigo suyo, fué nombrado cardenal-diacono. Entonces el antiguo pirata sé hizo mercader de indulgencias, y parece que tuvo mejor éxito en esta segunda especulación que en la primera, porque á la muerte de

Alejandro V, que se sospechó haber él hecho que le asesinasen, se encontró bastante rico para comprar el cónclave. Sin embargo, Balthasar no fué elegido, como esperaba, en la primera votacion: entonces él mismo se revistió con el trage pontifical, exclamando como inspirado: *Ego sum papa*. El cónclave intimidado con su audacia, confirmó la eleccion sin recurrir á una segunda votacion, y Balthasar Cozza fué exaltado bajo el nombre de Juan XXIII. Este era el tercer papa que habia á la vez; los otros dos eran Gregorio XII y Benito XIII.

Por lo demas, el último elegido no daba un ejemplo mas edificante que los otros: siendo de cardenal habia compuesto versos en los cuales negaba la inmortalidad del alma, el infierno y el paraíso. Hecho papa, el primer acto de su poder fué robar á un marido la muger de que él hacia mucho tiempo estaba enamorado, y con la cual vivió públicamente; lo que no le impedia censurar las costumbres de Ladislao, rey de Nápoles. Ladislao no gustaba de reprensiones: respondió demasiado rudamente á su antiguo súbdito que, cuando se llevaba una vida muy parecida á la suya, tenia malísima gracia reprender á los demas por su manera de vivir. Juan XXIII, que en su cualidad de ex-pirata no estaba por las medidas á medias, escomulgó á Ladislao. Este levantó un ejército, y marchó contra el papa; pero á su vez, el papa predicó una cruzada, y marchó contra el rey. Ladislao fué batido y destronado por un breve. Entonces hizo Ladislao lo que habia hecho Juan XXIII; volvió á comprar su corona, como Juan XXIII habia comprado la tiara; se hizo la paz, pero no fué de larga duracion.

Gregorio XII, por mas que estuviese desterrado y vi-
viendo de las limosnas del tiranuelo de Rimini, fulmi-

naba rayos contra reves y papas: estas ercomunio-
nes perpetuas atormentaban á Juan XXIII, que veía
á la Iglesia conmovirse con tantos escándalos. Pidió á
Ladislao que le entregase á Gregorio XII. Ladislao re-
clamó á Gregorio del señor de Rimini, el cual respondió
que era su papa, el único á quien reconocia, el único
infalible á sus ojos, y que por lo tanto, lejos de entre-
garle á sus enemigos, le defenderia contra cualquiera
que quisiera prenderle. Juan XXIII creyó que Ladislao
tenia la culpa de aquella negativa, y en lugar de in-
comodarse contra el señor de Rimini, se incomodó con
Ladislao. Volvió, pues, á comenzar la guerra; pero esta
vez Ladislao fué el vencedor. Juan XXIII abandonó á
Roma y huyó. Ladislao se apoderó sin resistencia de
la ciudad eterna: era la tercera vez, desde que era
rey, que saqueaba el Vaticano.

Entonces persiguió á Juan XXIII hasta Perusa, donde
fué envenenado por el padre de su querida, de una
manera tan estraña, que apenas puede creerse. Era el
padre boticario: ganado, se adivina por quien, busca-
ba la ocasion de envenenar al rey de Nápoles, cuando
su hija vino á quejarse á él de que Ladislao no la ama-
ba. Dióla entonces el padre cierta pomada con la que
la recomendó se frotase, prometiéndola tenia la virtud
de curar su infidelidad. La pobre hija creyó al padre, y
siguió escrupulosamente sus instrucciones. A la maña-
na siguiente del dia en que tuvo ocasion de hacer este
ensayo, estaba muerta. En cuanto á Ladislao, no la so-
brevivió mas que ocho dias.

Todo esto, como se ve, es demasiado asqueroso.
En fin, se celebró un concilio, que depuso á los
tres papas de un golpe, y se nombró un cuarto,
Martin V.

Gregorio XII envió desde Rimini su acta de abdicación.

cion voluntaria: Benedicto XIII estaba en España, y continuó resistiéndose. En fin, Juan XXIII, presidente del concilio al principio, despues en lucha con Sigismundo, luego fugitivo, mas tarde prisionero, y al fin depuesto, concluyó por refugiarse cerca de su amigo Cosme, en Florencia, donde murió. Cosme, fiel hasta mas allá de la muerte de Juan, á la amistad que le habia tenido, encargó á Donatello alzarle un mausoleo, hizo él mismo el epitafio, y cuando Martin V intentó borrarle, se contentó con dirigir al papa legitimo esta respuesta, á la que su laconismo no quita nada de su precision: *Quod scripsi, scripsi*. Mas dichoso despues de muerto que durante su vida, Juan XXIII, que habia vuelto á ser cardenal por decreto del concilio, quedó papa por el epitafio de su sepulcro.

Continuamos siguiendo el gentío, que se dirigía, siempre apiñado y silencioso, por la *via dei Cerretani*: despues, como se dividiese en dos direcciones la multitud, tomamos á mano izquierda, y al poco tiempo nos encontramos delante del magnifico palacio Strozzi, que con mas justo titulo que tantos otros monumentos, inspiró el númen laudatorio de Vasari.

En efecto, el palacio Strozzi no solo es grandioso y magnifico, es prodigioso: no es de piedras unidas por cal y argamasa, sino que es una masa tallada en la roca. Ninguna crónica, por mas elegante, detallada y pintoresca que sea, puede hacer comprender como este libro de piedra, los hábitos, usos y costumbres, los placeres, los amores y los odios del siglo XV. El feudalismo todo entero, con su poderio individual, está allí toda vez que un hombre era bastante rico para hacerse construir semejante fortaleza, nada le impedía ya declarar la guerra á su rey.

Benito de Majano fué el que, por órden de Felipe Strozzi el Viejo, hizo el plano y echó los cimientos de este bello palacio, pero él no dirigió los trabajos sino hasta el piso segundo. Llegaba á él cuando se vió obligado á marchar á Roma. Felizmente en aquella misma época llegó á Florencia un primo de Pollajolo, por sobrenombre Cronaca ó la Crónica, á causa de la costumbre que habia adquirido de contar al primero que encontraba y con cualquier motivo, su viage á Roma. Este viage, aunque hubiese hecho ridículo al hombre, no habia sido inútil sin embargo, al artista. Cronaca habia estudiado profundamente las obras maestras de la antigüedad, y dió de ello una prueba construyendo el magnifico cornisamento interrumpido á la mitad de su ejecucion por las conmociones de Florencia, y por el destierro de los Strozzi.

Todo es notable en aquel lindo palacio, todo hasta las linternas que, segun el privilegio de la nobleza, sus poderosos señores, iluminaban los dias de solemnidad. Es verdad que aquellas linternas son obra de Nicolás Grosso, que Lorenzo el Magnifico, apellidaba Nicolás de los Arrhes, (Caparra), nombre que le quedó, porque no queria hacer nada por lo que no hubiese recibido garantía (arrhes), ni entregar nada sin recibir la totalidad del pago. Es preciso decir tambien que jamás hubo apodo mas merecido. Nicolás de los Arrhes, habia hecho pintar una muestra que colocó delante de su taller, y que representaba dos libros de caja en medio de las llamas. Cada vez que uno se acercaba á pedirle prestado, aunque no fuese mas que por una hora, conducía al indiscreto parroquiano al umbral de su puerta, le enseñaba la muestra y le decia: — Veis que no puedo prestaros, mis registros arden.

Escusado es decir que esta rigidez de principios se

aplicaba á toda persona indistintamente. Un día, la señoría le encargo un par de morrillos, y segun la regla establecida por Nicolás le habia dado á título de garantía la mitad del precio. Concluidos los morrillos, Nicolás fué á prevenir á la señoría que podia enviar el resto del dinero, atendido á que los morrillos estaban dispuestos. Se le fué á decir á Nicolás de parte del proveedor, que llevase los morrillos, y se le despacharia su cuenta; á lo que contestó Nicolás que los morrillos no saldrian de su taller, sin que el precio ingresase en caja. El proveedor furioso envió uno de sus alguaciles con orden de decir á Nicolás que era estraña su negativa, puesto que él le habia pagado la mitad del precio: — Es justo, dijo Nicolás: y dió al alguacil uno de los dos morrillos. No pudiendo obtener de él otra cosa, el alguacil llevó el morrillo al proveedor, el cual encontró tan maravilloso el trabajo, que le envió el resto del dinero por tener el otro; fué muy á tiempo, el desgraciado morrillo estaba entre el yunque y el martillo, y el señor Nicolás de los Arrhes levantaba ya el brazo para hacerlo pedazos.

¿Qué época tan admirable aquella en la que todo el mundo ama las artes, aun las señorías, y en que todo el mundo era artista, aun los estrangeros! Asi se veian elevarse palacios de los que toda una ciudad estaba tan orgullosa, que cuando Cárlos VIII hizo su entrada en Florencia, la señoría, á pesar de la preocupacion del príncipe, quiso hacerle admirar su maravilla, y dirigió su marcha hácia la obra maestra de Mojano. Pero el inculto rey de Francia estaba todavía poco civilizado, y se contentó con echar una mirada sobre el espléndido edificio, y volviéndose hácia Pedro Capponi que le acompañaba: — ¿Es esa la casa de Strozzi, no es esto? le dijo: — Sí, señor. le respondió Pedro Capponi,

usando con respecto al rey la misma insolencia, que el rey, en su opinion habia tenido con respecto al palacio.

Aquel palacio pertenece en efecto á esa gran familia de los Strozzi, que existe todavía hoy, y que ha dado un mariscal á la Francia. Hasta la abolicion de los pares hereditarios, hemos tenido nosotros un par de este nombre; y el gefe de la familia Strozzi, mirándose siempre como francés, escribia al rey de Francia el día de sus cumpleaños, y el de sus dias.

Hace algun tiempo que los hijos del duque actual, jugando en habitaciones abandonadas hacia mucho tiempo, hallaron un departamento compuesto de una docena de piezas, y completamente desconocido al propietario de este inmenso palacio. La puerta estaba tapiada hacia algunos dos ó trescientos años, y nadie se habia apercebido, tan vasto es el palacio, que faltaba el departamento de un piso.

El hijo del fundador de aquel bello palacio, el famoso Felipe Strozzi, fué el que acogió al asesino de Alejandro de Médicis, Lorenzino, á su llegada de Venecia, llamándole el Bruto de Florencia, y pidiéndole la mano de sus dos hermanas para sus dos hijos. Es que, aunque casado con una hija de Pedro de Médicis, Felipe Strozzi no habia dejado de ser uno de los mas firmes defensores de la república. Asi, cuando la libertad florentina cayó, el día en que Alejandro hizo su entrada en la capital de su ducado, Felipe Strozzi, incapaz de esclavizarse, se retiró á Venecia, donde no tardó en saber que el bastardo de Lorenzo le habia puesto fuera de la ley. La acogida que hizo á Lorenzino, tenia, pues, un doble motivo; no solo Lorenzino libraba á Florencia de su opresor, sino que tambien volvia á abrir al proscrito (á lo menos asi lo creia él), el camino de su patria. Pero mientras que go-

zosos los desterrados se reunian y discutian el medio mas pronto y seguro de entrar en Florencia, supieron que Cosme habia sido elegido gefe y gobernador de la república y que una de las cuatro condiciones por las cuales habia sido elegido, era la de vengar la muerte de Alejandro. Comprendieron entonces que su entrada en la patria no seria tan fácil como se habian figurado; sin embargo, contando con que el nuevo gobernador no tenia mas que diez y ocho años, fundaron su esperanza en la ignorancia y ligereza que parecia anunciar su edad. Pero el niño jugaba con las barbas blancas, al juego de la política y al juego de la guerra. Todas las conspiraciones fueron descubiertas y desplegadas sus banderas, y como los proscriptos estaban ya reunidos y habian decidido arriesgar el trance en una batalla, despues de once años de espera y de tentativas infructuosas, Alejandro Vitelli, lugarteniente de Cosme, alcanzó sobre ellos en Montemuerto, una victoria completa. Pedro Strozzi se libró de la muerte ocultándose entre los cadáveres, y Felipe, prisionero en el campo de batalla que no quiso abandonar, fué conducido á Florencia y encerrado en la ciudadela.

Por un extraño capricho de la fortuna, aquella ciudadela era la misma en la que, en una discusion secreta tenida delante del papa Clemente VII, Felipe Strozzi habia aconsejado al pontífice la hiciese edificar, y esto contra el consejo del cardenal Jacopo Salviati. Este último, admirado de aquella singular obstinacion, que parecia tener un carácter fatal y providencial, no pudo menos de decir á Felipe: « Plegue á Dios, Strozzi, que haciendo edificar esa fortaleza, no hagas edificar tu sepulcro.

Así, apenas Strozzi se vió encerrado entre aquellas paredes que habian salido de la tierra á su voz, trajo á

la memoria la profecia de Salviati, y desde aquel momento miró como muy próximo el término de su vida.

Pero en aquel tiempo no se moria así; era preciso pasar antes por la tortura. Felipe Strozzi á quien se queria hacer confesar que habia tenido participacion en el asesinato de Alejandro, fué puesto muchas veces en el tormento; pero en medio de los mas horribles dolores, su valor no se desmintió un instante, y dijo constantemente á sus verdugos que no podia confesar lo que no era verdad. Pero si, añadió, la confesion de la intencion les bastaba, era mil veces mas culpable que el que habia matado á Alejandro, porque hubiera querido él matarle mil veces.

En fin, cansados los verdugos iban acaso á obtener de Cosme el cesar de torturar inútilmente á Strozzi, cuando un dia, uno de los soldados que habian acompañado al carcelero dejó, sea por casualidad, sea con intencion, su espada sobre una caja, y salió sin volverla á recoger. La resolucion de Strozzi fué pronta: no esperaba ya libertad ni para él ni para su patria: fué derecho á la espada, la desenvainó, se aseguró de la punta y del corte, se acercó á una mesa donde habia papel y tintero que se le habia dejado para el caso en que se decidiese á hacer declaraciones, y escribió algunas líneas con mano tan firme y segura, como si no fuesen las últimas que debia trazar, despues, apoyando el puño de la espada en el suelo y la punta en su pecho, se dejó caer así. Sin embargo, aunque le atravesó el cuerpo la espada, no murió en el momento, porque se halló trazado en la pared con su sangre, este verso de Virgilio:

Exoriare aliquis nostris ex omnibus ul or.

En cuanto á las líneas escritas en el papel, hé aqui su traduccion literal :

A DIOS LIBERTADOR.

« Por no vivir mas tiempo en poder de mis enemigos, y para no ser atormentado mas por torturas cuya violencia me obligaria acaso á decir ó hacer cosas perjudiciales á mi honor ó á los intereses de parientes y amigos inocentes, cosa que ha sucedido estos últimos dias al desgraciado Giulano Gondi ; yo, Felipe Strozzi, me he decidido, por mas repugnancia que me cause el suicidio, á poner término á mis dias con mi propia mano.

« Recomendando mi alma á Dios todo misericordioso, rogándole humildemente, si no es su voluntad concederme otra dicha, me permita al menos habitar el mismo lugar que habitan Caton de Utica y los demas hombres virtuosos que han muerto como él y como yo. »

A algunos pasos del palacio del vencido, está la columna elevada por el vencedor : esta columna habia sido dada á Cosme por el papá Pio IV ; la hizo colocar en la plaza misma donde supo el resultado de la batalla de Monte-muerto ; encima está la estatua de la Justicia. Acaso hubiese hecho mejor Cosme en colocarla en otra parte ó en guardarla para mejor ocasion.

Detrás de la columna está el cornisamento del antiguo palacio de aquel Buon del Monte cuyo nombre se encuentra unido á las primeras conmociones que agitaron las dos facciones gúelfa y gibelina de Florencia : enfrente de la columna está la sombría y magnífica fortaleza de los condes de Accajoli, últimos duques de Atenas. Hay ciertos barrios en Florencia en los que no se puede dar un paso sin encontrarse un recuerdo : sola-

mente que el pasado está allí bastante despoetizado por el presente : el palacio Buon del Monte, por ejemplo, se ha convertido en un gabinete literario, y la fortaleza de los duques de Atenas se ha metamorfoseado en un meson.

Esta fortaleza, por lo demas, no se pudo colocarla con mas discernimiento : dominaba en el antiguo puente de la Trinidad, edificado en 1252, y que habiéndose arruinado en 1557 por una crecida del Arno, lo reedificó Ammanato por un diseño de Miguel Angel. Es acaso uno de los puentes mas bonitos y esbeltos que se conocen.

En este sitio se dividia el gentio, dejando el bello puente de la Trinidad casi vacio, como si no hubiese funcion en la otra orilla del Arno ; se dirigia hácia el Ponte viejo, y el Ponte-alla-Caraja. Seguimos el tropel que descendia con el rio, y pasamos sucesivamente por delante de las ventanas del Casino de la Nobleza, delante de la casa donde Alfieri, despues de pasar en ella los dos últimos años de su vida, murió en 1803 : delante del palacio Gianfigliazzi, ocupado hoy por el conde de Saint-Leu, ex-rey de Holanda : y delante del palacio Corsini, magnífico edificio del tiempo de Luis XIV, que ocupa él solo la mitad del muelle, y que preparaba á la sazón, en el silencio y la oscuridad, la régia hospitalidad que debia dar de allí á dos dias á la mitad de Florencia.

Comenzaba á hacerse tarde, y estábamos un poco cansados de nuestras correrías del dia. La de la noche no nos prometia otra variedad que un paseo mas ó menos largo : nos encaminamos hácia nuestro palazzo, cada vez mas maravillados del alegre humor de este buen pueblo toscano, que hace fiesta desde la vispera con la perspectiva de una funcion al dia siguiente.

La noche fué terrible : las campanas que por lo regular no repican sino las unas despues de las otras, anunciando la fiesta, sonaban todas á un tiempo. No habia convento el mas pequeño, ni iglesia la mas chica, que no tomase su parte en ese concierto áereo, de tal modo, que dudo mucho que hubiera una sola persona que durmiese en Florencia en la noche del 22 al 23 de Junio. En cuanto á nosotros, la pasamos casi toda en ver las iluminaciones del Domo y del Campanillo, que no se apagaron hasta que empezaron á alumbrar los primeros rayos del día : de lo que resultó para nuestra coleccion un magnífico diseño que Jardin hizo á la claridad de la luna.

Todas las horas del dia estaban destinadas de antemano : á las diez habia magnífico almuerzo en casa del marqués de Torrigiani, al medio dia concierto en la Filarmónica, á las tres Corso, y á las ocho teatro de gran gala.

No habiendo sido nosotros presentados todavía al marqués de Torrigiani, no podiamos participar de su almuerzo ; lo que sentimos muchísimo, no, como pudiera creerse, por su cocinero, sino por el marqués mismo. En efecto, el marqués de Torrigiani, cuya nobleza se remonta á los primeros dias de la república, es una de las casas mas aristocráticas de Florencia. Una invitacion al palacio Torrigiani en invierno, y al casino Torrigiani en verano, es la consagracion obligada de todo mérito superior, ya sea ese mérito legado por los antepasados, ó adquirido personalmente. Cuando ha sido uno invitado en casa del marqués de Torrigiani, ya no hay que tomar mas informes sobre él : acaso es uno invitado en todas partes : teneis ya vuestras pruebas firmadas por d'Hozier.

En cambio, fuimos invitados al concierto de la Filar-

mónica. Permitannos nuestros lectores presentar testualmente el programa ante sus ojos, y juzgarán por sí mismos si los billetes debian ser buscados.

PRIMERA PARTE

I. Florimo. — El *Ave Maria*, plegaria á cuatro voces, ejecutada por la princesa Elisa Poniatowski, madama Laty, y los principes Carlos y José Poniatowski.

II. Rossini. — *Semiramide*, duo ejecutado por madama Laty y el príncipe Carlos Poniatowski.

III. Donizetti. — *Lucia de Lamermoor*, ária final, ejecutada por el príncipe José Poniatowski.

IV. Mercadante. — *Giuramento*, cuarteto ejecutado por la princesa Poniatowski ; madama Laty, y los principes Carlos y José Poniatowski.

SEGUNDA PARTE

V. Hérold. — *Overtura de Zampa*.

VI. Bellini. — *Puritani*, duo ejecutado por la princesa Elisa y el príncipe José Poniatowski.

VII. Georgetti. — Variaciones sobre un tema de *la Sonnàmbula*, ejecutadas en el violín por Mr. Giovacchino Giovacchini.

VIII. Bellini. — *La Sonnàmbula*, ária final, ejecutada por la princesa Elisa Poniatowski.

Como se ve, aparte de la cooperacion prestada por madama Laty y Mr. Giovacchino Giovacchini, en el concierto matinal hacian el gasto enteramente los principes Poniatowski : era, pues, y en ello se convendrá, difícil ver un concierto mas aristocrático : los cantantes

descendían en línea recta de un príncipe reinante hace apenas medio siglo. Verdad es que tenían en su auditorio tres ó cuatro reyes destronados. Sin embargo, como en un concierto matinal no se cifra su principal encanto en el perfume aristocrático que esparce alrededor, no estábamos, preciso es confesarlo, sin algun temor por lo que respecta á la ejecucion. Por mi parte recordaba algunos conciertos de aficionados á los que, escusándome yo, habia asistido en Francia, y que me habian dejado triste memoria.

La única diferencia que encontraba entre aquellos a que habia asistido y el que iba á oír, era respecto de la cualidad de los artistas, y no creia yo que el titulo de príncipe fuese una garantía suficiente para la tranquilidad de mi tímpano. No por eso dejé de ir á la hora indicada al salon del concierto, situado en el solar de los Stinche, que es la antigua cárcel de la ciudad. Tal es el progreso de las cosas en esta buena y bella Florencia. Si Dante volviera á aparecer allí, probablemente hallaria su Infierno convertido en salon de baile.

El salon, á pesar de ser estenso, estaba lleno; sin embargo, gracias á los atentos acomodadores á los que íbamos recomendados, llegamos á encontrar sitio. Bien pronto entró la princesa Elisa conducida por el príncipe José: madama Laty la seguia, conducida por el príncipe Carlos: á su aparicion, el salon resonó con un aplauso general. Nada probaba esto; en todos los paises del mundo se aplaude á una muger bonita, y la princesa Elisa es una de las personas mas graciosas y mas distinguidas que se pueden ver.

Nuestros aficionados estaban visiblemente afectados: en efecto, desde que uno quiere elevarse al rango de artista, es preciso que el talento responda á la pretension; el anfiteatro aunque estuviese ocupado por gran-

des señores, siempre será una localidad esencialmente democrática por el mero hecho de ser anfiteatro. Por lo demás, desde luego aquel temor fué para mí una prueba de superioridad: cantantes medianos hubiesen tenido mas aplomo.

Desde las primeras notas fué grande nuestra admiracion; no eran aficionados aquellos á quienes oíamos; eran artistas admirables: seria acaso imposible encontrar aun en los mejores teatros de Francia y de Italia, tres voces que se arreglasen mas armoniosamente unidas, que las de la princesa Elisa, del príncipe José, y del príncipe Carlos; cerrando los ojos, podia uno creerse en la Scala, y figurarse oír á la Persiani, Rubini, y Tamburini: volviendo á abrir los ojos, solamente se encontraba uno en presencia de gente de mundo. Todo el concierto fué cantado con aquella superioridad de ejecucion que me habia admirado tanto en la primera pieza que se cantó, y que se sostuvo hasta la última.

El concierto concluyó como se habia empezado, por repetidos y prolongados aplausos: los ilustres cantantes, llamados dos veces, salieron dos veces á saludar á su entusiasmado auditorio. Es que los príncipes Poniatowski pertenecen á una familia privilegiada, y que, si perdiesen su fortuna como han perdido su trono, podian recuperar por sí mismos una tan bella é ilustre como la que sus padres les legaron. En efecto, no se puede ser á la vez gran señor, y mas artista que el príncipe Carlos y el príncipe José: este último es ademas poeta y compositor: durante nuestra permanencia en Florencia, compuso dos óperas de primero cartello; la una sería y la otra bufa; la primera titulada *Prócida*, la segunda *Don Desiderio*: las dos han obtenido un éxito brillantísimo. Pero, preciso es decirlo, el príncipe José tiene una gran ventaja sobre la mayor parte de los com-

positores : concluida la ópera, llamó á su hermano y á su linda hermana, les distribuyó á cada uno sus papeles, y él se quedó con el suyo. Estudian los tres cada uno el suyo : un mes despues, toda la sociedad de Florencia fué invitada al salon Steindich que es el teatro castellano de Florencia. Allí se representó y cantó la ópera ante un público armonimaniaco, del que todas las impresiones son estudiadas por el maestro, y al que llegan tanto mas completas, cuanto que ese maestro es á la vez autor y actor. Es verdad que hay un punto sobre el cual puede uno engañarse : y es que, en los ensayos, es muchas veces infinitamente mejor ejecutada la ópera, que en la representacion.

Cuando marchamos de Florencia, el príncipe José, ya reconocido en toda la Italia con el nombre de maestro, componia su tercera ópera para el teatro de la Fenice, de Venecia.

A las tres concluyó el concierto ; teníamos el tiempo tasado para ir á nuestra casa, comer, é ir y entrar en fila en el Corso. El Corso, como lo indica su nombre, es un paseo cuyo lugar varia segun las circunstancias. Aquella vez se estendia desde la puerta del Prado al Palacio Pitti, pasando de una orilla á otra del Arno, y atravesando el puente de la Trinidad. El Corso es, como la Pergola, la reunion de todos los elegantes indígenas y exóticos. El es el Longchamps de Florencia, con un cielo hermoso y veinte grados de calor, en vez de tres grados de frio. Allí todo aquel que tiene un nombre, sea acabado en *i* ó en *o*, ó en *off* ó en *ieff*, en *ka* ó en *ki*, acude á rivalizar en lujo. De lo que resulta que Florencia, en proporcion, es acaso la ciudad del mundo donde hay, no solamente los mas numerosos trenes, sino tambien los mas magníficos. Tambien encontramos allí á toda la

familia Poniatowski : solamente que los artistas habian vuelto á ser príncipes.

Durante dos horas se paseó cada uno, no por pasearse, sino para lucir su carruaje y sus libreas. Los trenes mas ricos y elegantes son los de los príncipes Poniatowski, del conde Arifleo, y del baron de la Gherardesca. Diremos de paso que este último es el único descendiente de Ugolin, lo que prueba, aunque lo diga Dante que su abuelo no se ha comido á todos sus hijos.

Concluido el Corso, cada uno volvió á toda prisa para vestirse : el Corso no es sino una especie de escaramuza, un negocio de vanguardia : allí se da al pasar la cita para la Pergola, para el combate general. Contra su costumbre, la Pergola, debe estar aquella noche perfectamente iluminada. Es, como hemos dicho, día de gala. Pero la gala consiste en añadir á la iluminacion ordinaria un candelabro con ocho ó diez bugias por cada palco. Pero se obstinan los palcos, y cuanto mas se ilumina la sala, mas oscuros quedan ellos. Esto es mucho mas cómodo para estar como en su casa, es verdad pero es mucho menos ventajoso para las señoras que nuestros palcos descubiertos.

Lo que habia aquella noche en la Pergola de diamantes y encages, es incalculable. Todas las ricas antigüedades de las antiguas familias, habian salido de sus estuches y armarios. Reflejaban en la sala pedrerias : sin embargo, las que sobresalian eran la princesa Corsini, la princesa Elisa Poniatowski, y la duquesa de Castigliano.

No sé por qué se canta en los teatros de Italia, á menos que sea por un resto de costumbre que no se puede desarraigar. No hay durante las tres horas que dura el espectáculo una persona que mire ú oiga lo que pasa en la escena, á menos, como ya he dicho, que haya bai-

le. Cada uno conversa ó echa los gemelos, y la música, se comprende bien, no disgusta porque no interrumpe la conversacion. Hé aqui el secreto de la preferencia que los italianos dan á los acompañamientos de poca instrumentacion; no pueden perdonar á Mayerbeer el verse obligados á escucharle.

Los días de gala, asiste por lo regular á la representacion el gran duque con su familia.

Tan pronto como se presenta en el palco, todo el mundo se vuelve de frente saluda y aplaude. Despues cada uno se coloca en su lugar, se vuelve á cubrir, y no vuelven á ocuparse de él. Su presencia, por lo demás, no influyó sobre el buen ó mal éxito, ni obra sobre los súbditos ni sobre los aplausos. En Toscana no se siente la presencia del soberano, sino como se siente la del sol, por el calor y el bienestar que esparce. En cualquier parte donde él esté, la alegría es mayor, h́ aquí todo.

Generalmente concluye la representacion á las once. No es como en Alemania que se acuesta á las diez, y que se sale del teatro á las ocho y media para ir á cenar. En Italia se come poco, no se cena sino en el carnaval; los glotones son escepciones de la regla, se les señala con el dedo, y se les vitupera.

Despues de la Pergola hay sociedad; en lugar de salir en prensa como se hace entre nosotros, y tener que aguardar el carruage en el vestíbulo ó en las escaleras, se entra en un gran salon contiguo al teatro, muy fresco en el verano, y caliente en el invierno, donde se arregla el plan para el día siguiente. Hay allí alguna cosa de curioso, no solo de ver, sino de escuchar, y son los nombres que se pronuncian; en diez minutos pasais revista á los Corsini, los Pazzi, los Gherardesca, los Albiezi, los Capponi, los Guicciardini, todos nombres es-

plendidamente históricos, y que desde los siglos XII y XIII, se repiten á menudo en la historia; os creeriais todavia en los bellos tiempos del gonfalonato, y aguardais á cada momento ver entrar ó salir á Lorenzo el Magnifico.

Poco despues de una hora, volvimos á entrar en nuestra casa. Las campanas continuaban aturdiendo, pero esta vez me tapé los oidos con algodones, y dormi como un sordo; el sol me despertó.

Habia para aquel día, carreras de carroza, en el corso, iluminacion sobre el Arno, y baile en el casino de la Nobleza. El tiempo no habia sido mal distribuido. Las carreras en carroza se habian fijado para la una; se verificaron en la plaza de Santa Maria la Nueva, de la que todos los balcones son objeto de la ambicion general. Dichosos ó mas bien desgraciados, los que habitan en esta plaza; es indispensable que hagan lugar en sus casas para todos sus conocimientos quince días antes, trabajo propio para perder la cabeza.

De nada teníamos que ocuparnos; el extranjero es un mimado en Florencia, siempre que esté bien recomendado, puede vivir sin cuidado alguno. Se le va á buscar á casa, se le lleva en carruage, se le conduce á ver todas las fiestas, el teatro, y despues se le vuelve á casa. Es un deber casi nacional el divertirle, y se hace todo lo posible por conseguirlo. Desgraciadamente el viajero tiene el carácter moroso é ingrato; si se divierte, no quiere reconocerlo, y cuando abandona la ciudad da las gracias á los que le han divertido, murmurando de ellos. Por dicha todavia los florentinos no se desaniman por tan poca cosa; lo que hacen sin duda es porque creen que deben hacerlo, porque están en la creencia de que la hospitalidad, como todas las virtudes tiene su recompensa en sí misma.

El príncipe José Poniatowski nos daba una prueba de esta obligación convenida, y sin embargo, tan mal recompensada; el príncipe se había encargado de nosotros, y debía conducirnos en casa de Mr. Finzi, cuyos balcones daban á la plaza de Santa Maria la Nueva: vino á buscarnos, no á la hora convenida, sino media hora antes. No era demasiado pronto, es verdad para estar seguro de coger asientos en el balcon.

La plaza de Santa Maria la Nueva, es una de las mas bonitas de Florencia; en ella es donde se eleva aquella encantadora iglesia que Miguel Angel llamaba su esposa. Allí tambien Boccacio ha colocado el encuentro de siete jóvenes florentinas, que despues de la peste de 1348 formaron el proyecto de retirarse al campo para contar allí aquellas famosas novelas, que darian una fatal idea de las costumbres de las mugeres de aquella época, si se creyese al poeta bajo su palabra.

La iglesia de Santa Maria la Nueva presenta en su interior lo que hace esperar viendo lo exterior: se entra en ella por una puerta de Alberti, comparable únicamente con todo aquello que hay de mas selecto en este género; y una vez dentro se encuentra una galeria llena de frescos y cuadros, tanto mas digna de verse, cuanto que los hay de todas épocas, desde los autores griegos á los autores contemporáneos.

El momento era oportuno para ver lo que queda de los primeros: sus pinturas están sepultadas en una capilla subterránea donde quedaron en depósito, durante trescientos cincuenta dias del año los estrados y gradas que se sacan allí cada seis meses para hacer con ellos anfiteatros públicos cuando se verifican las carreras de Barberi. Por tanto, como las carreras debian ser por la mañana siguiente, la capilla estaba completamente vacía. Verdaderamente adelanta muy poco; el

tiempo y la humedad han hecho cada uno su oficio, y queda poquisimo de aquellas pinceladas bizantinas á las cuales debe Florencia su Cimabue.

En cambio, si los frescos de los maestros están casi per idos, el cuadro del discipulo está perfectamente conservado: me refiero á aquella famosa Madona rodeada de ángeles que Carlos de Anjon no se desdenaba de ir á visitar al mismo estudio del artista, y que fué conducida á la iglesia precedida de las trompetas de la república, y seguida de toda la señoría de Florencia.

Se comprende este entusiasmo haciendo como hice yo, es decir, pasando de las pinturas bizantinas á la pintura nacional. De otro modo sería difícil colocarse en el punto de vista de los entusiastas del siglo XIII. Despues, si se quieren seguir los progresos del arte, de la Madona de Cimabue se pasa á la capilla de los Strozzi, donde Andrés y Bernardo Orgagna, esos dos gigantes de la poesía, han pintado el infierno y el paraíso. En el infierno, los que andan á caza de anécdotas reconocerán en el papel que adorna su gorro, el escribano que, el mismo dia en que Andrés recibió el encargo de Strozzi el viejo, habia embargado los muebles del artista; de allí se irá á buscar los frescos y pintados en honor de los apóstoles. Felipe y Juan por el hermano Lippi; luego se pasa por detrás del altar, y se encontrará en el coro la obra maestra de Guirlandajo, aquella capilla en que Miguel Anjel se imaginaba ver la capilla Sixtina; terminanse por último las investigaciones por el *San Lorenzo* de Marchetti, por el *Martirio de Santa Catalina* de Bugiardini, del que Miguel Anjel diseñó los soldados. En fin, es preciso inclinarse delante de los crucifijos de Giotto y de Brunelleschi, esas dos obras maestras, la una de cándida resignacion, la otra de paciente sufrimiento: esta última fué la que hizo decir á Donatello: « Para ti,

Brunelleschi, es hacer cristos, para mi hacer lugareños. »

Y no es eso todo: despues de la iglesia vienen los claustros: despues de los frescos de Orgagna, las pinturas de Paul Necellos, despues de la capilla Strozzi, la capilla de los españoles: despues del hermano Lipi, el pintor naturalista y sensual, Simon Memmi, el pintor ideal y religioso: todo esto, iglesia, capilla, claustro y pinturas, está encerrado en quinientos pasos, con esa profusion que distingue á la Italia, y que hace de cada edificio religioso una historia del arte.

Acababa mi visita, cuando oi grandes gritos de alegría en la plaza, en Florencia no se grita jamás sino en señal de placer. Presumí que pasaba algo de nuevo, y corri hácia la puerta que da á la plaza. En efecto, una hilera de soldados hacia evacuar á los espectadores el sitio destinado á las carreras de carrozas; pero los curiosos buscaban el medio de que los soldados se detuvieran para conseguir su objeto. En Toscana, ya lo hemos dicho, el pueblo es el señor: es á él á quien seria preciso llamar monseñor, si se quisiera realmente dar á cada cosa su nombre: así los soldados no le hablaban en general sino con el sombrero en la mano. Se le suplica se separe, se le promete que es por su bien por lo que se le manda separar, se le asegura que se divertirá si quiere obedecer: y entonces este buen pueblo, á quien se le hace atrás riendo, retrocede riendo, y cambiando con los soldados mil gestos que provocan la mas jocosa hilaridad. Jamás allí se da un culatazo, nunca un golpe de cañon en el pecho; un soldado que diera tan solo un capirotazo á un ciudadano, iria á la prevencion por ocho dias. Tenemos que fundar allí una escuela de gendarmería, como la hemos fundado en Roma de pintura.

Me dí prisa á ocupar mi puesto en el balcon de

Mr. Finzi. Un instante despues, el gran duque y toda la corte, aparecieron en el mirador de San Pablo, elegante pórtico edificado enfrente de Santa Maria la Nueva, por Brulleneschi; despues una veintena de ginetes desembocando por Borgo-Ognisanti, anunciaron la llegada de los competidores. Casi al mismo tiempo cuatro *cocchi* montados en sus carros avanzaron al gran trote por la plaza; los *cocchi* iban vestidos á la romana, y las carrozas talladas á lo antiguo. Los cuatro bandos del circo estaban allí representados; allí estaban los rojos, los verdes, los amarillos y los azules. Nada impedia creer, rejuveneciéndose diez y ocho siglos, que asistia uno á una fiesta dada por Neron.

Desgraciadamente la policia florentina, que tiende antes que todo, á que jamás cambien de carácter las fiestas, y á que aquellos que han venido para reir, no se vayan llorando, decide anticipadamente quien será el vencedor. En consecuencia, los otros *cocchi* deben dejar tomar la delantera al privilegiado del *buon governo*, que consigue muy cómodamente la victoria, y que consuela inmediatamente á sus rivales de su pérdida, llevándoles consigo á la taberna. Es tanto mas fácil organizar la delantera, cuanto que los carros y los caballos pertenecen á la posta, y los jefes de los bandos rojo, azul, verde y amarillo, son sencillamente postillones. Esta vez se habia decidido que el cochero rojo seria el que ganaria el premio: era su turno y no habia mas que decir, cada cinco años se repetia el turno de cada uno.

Pero un rumor tan extraño como el que acababa de oír Aquiles en el momento que encontró Agamenon, comenzó á circular entre la multitud: se decia que el cochero rojo y el cochero azul habian tenido una disputa, y que el cochero azul habia amenazado en alta voz al

Brunelleschi, es hacer cristos, para mí hacer lugareños. »

Y no es eso todo: despues de la iglesia vienen los claustros: despues de los frescos de Orgagna, las pinturas de Paul Necellos, despues de la capilla Strozzi, la capilla de los españoles: despues del hermano Lipi, el pintor naturalista y sensual, Simon Memmi, el pintor ideal y religioso: todo esto, iglesia, capilla, claustro y pinturas, está encerrado en quinientos pasos, con esa profusion que distingue á la Italia, y que hace de cada edificio religioso una historia del arte.

Acababa mi visita, cuando oi grandes gritos de alegría en la plaza, en Florencia no se grita jamás sino en señal de placer. Presumí que pasaba algo de nuevo, y corrí hácia la puerta que da á la plaza. En efecto, una hilera de soldados hacia evacuar á los espectadores el sitio destinado á las carreras de carrozas; pero los curiosos buscaban el medio de que los soldados se detuvieran para conseguir su objeto. En Toscana, ya lo hemos dicho, el pueblo es el señor: es á él á quien seria preciso llamar monseñor, si se quisiera realmente dar á cada cosa su nombre: así los soldados no le hablaban en general sino con el sombrero en la mano. Se le suplica se separe, se le promete que es por su bien por lo que se le manda separar, se le asegura que se divertirá si quiere obedecer: y entonces este buen pueblo, á quien se le hace atrás riendo, retrocede riendo, y cambiando con los soldados mil gestos que provocan la mas jocosa hilaridad. Jamás allí se da un culatazo, nunca un golpe de cañon en el pecho; un soldado que diera tan solo un capirotazo á un ciudadano, iria á la prevencion por ocho dias. Tenemos que fundar allí una escuela de gendarmería, como la hemos fundado en Roma de pintura.

Me dí prisa á ocupar mi puesto en el balcon de

Mr. Finzi. Un instante despues, el gran duque y toda la corte, aparecieron en el mirador de San Pablo, elegante pórtico edificado enfrente de Santa Maria la Nueva, por Brulleneschi; despues una veintena de ginetes desembocando por Borgo-Ognisanti, anunciaron la llegada de los competidores. Casi al mismo tiempo cuatro *cocchi* montados en sus carros avanzaron al gran trote por la plaza; los *cocchi* iban vestidos á la romana, y las carrozas talladas á lo antiguo. Los cuatro bandos del circo estaban allí representados; allí estaban los rojos, los verdes, los amarillos y los azules. Nada impedia creer, rejuveneciéndose diez y ocho siglos, que asistia uno á una fiesta dada por Neron.

Desgraciadamente la policía florentina, que tiende antes que todo, á que jamás cambien de carácter las fiestas, y á que aquellos que han venido para reír, no se vayan llorando, decidí anticipadamente quien será el vencedor. En consecuencia, los otros *cocchi* deben dejar tomar la delantera al privilegiado del *buon governo*, que consigue muy cómodamente la victoria, y que consuela inmediatamente á sus rivales de su pérdida, llevádoles consigo á la taberna. Es tanto mas fácil organizar la delantera, cuanto que los carros y los caballos pertenecen á la posta, y los jefes de los bandos rojo, azul, verde y amarillo, son sencillamente postillones. Esta vez se habia decidido que el cochero rojo seria el que ganaria el premio: era su turno y no habia mas que decir, cada cinco años se repetia el turno de cada uno.

Pero un rumor tan extraño como el que acababa de oír Aquiles en el momento que encontró Agamenon, comenzó á circular entre la multitud: se decia que el cochero rojo y el cochero azul habian tenido una disputa, y que el cochero azul habia amenazado en alta voz al

cochero rojo con no dejarle aclamar la victoria con la facilidad ordinaria. El cochero rojo que sabia que los dos mejores caballos de la posta le pertenecian de derecho, se habia burlado de su compañero; lo que hizo que este, habiendo prometido una segunda vez en voz baja lo que habia prometido una primera en voz alta, se habia preparado á la competencia dando á sus caballos doble racion de avena, y haciéndole el *fiasco* de Montepulciano que les habia dado él mismo. Así, los caballos del cochero azul tenian una fogosidad desusada; y por mas seguridad que tuviese sobre la superioridad de los suyos, el cochero rojo no dejaba de tiempo en tiempo de mirarlos con inquietud.

En fin, se dió la señal por una banda de cornetas, y desplegando la antigua bandera de la república; al punto los cuatro competidores, que debian dar tres veces la vuelta á la plaza pasando cada una por detrás de los dos obeliscos colocados á sus extremos, se lanzaron con una rapidez que hace honor al servicio de las postas de Toscana. Desde el primer momento era fácil conocer que la lucha principal seria entre el cochero rojo y el azul; los caballos del segundo escitados por su doble pienso de avena, por su botella de vino, y mas que nada por el encono de su conductor, que habia pasado á su fusta, habian recobrado el vigor de sus primeros años. Obligado, por la disposicion de los carros, determinada de antemano por la policia, á ceder á su adversario el mejor sitio, es decir, el que le permitia pasar mas cerca de los dos obeliscos, probó desde la primera vuelta á quitar esta ventaja al cochero rojo. Comenzaban á apereibirse de esta rivalidad los jueces del campo, en la que no habian reparado, pero era demasiado tarde para remediarla. Hacia la mitad de la segunda vuelta el cochero azul trató de atajar el

paso al cochero rojo, este por su parte se equivocó; un latigazo dirigido á sus caballos, fué á dar á su adversario en la cara, el cual le devolvió otro. Desde entonces los dos competidores se sacudieron mutuamente, con gran satisfaccion de sus caballos, que, compartiendo la rivalidad de sus dueños, continuaron galopando á su albedrío. Pero de esto resultó un doble accidente; los dos cocheros, demasiado ocupados en sacudirse para pensar en dirigir los caballos, se vieron lanzados de tal manera, que llegando al obelisco el cochero azul chocó en el marmolillo, y el cochero rojo con el azul; tan violento fué el choque que los cuatro caballos cayeron; el cochero azul cayó, como Hipólito, enredado en las riendas de sus caballos. El cochero rojo fué arrojado á diez pasos por encima de su carro: el cochero verde, que quiso pasar entre las gradas de la iglesia y el cochero rojo, subia por los dos primeros escalones, y volcó. En cuanto al cochero amarillo que, ajustándose al programa, debia llegar el último, y que, por tanto, se mantenía á una distancia respetuosa, pudo detenerse á tiempo, y quedó sano y salvo, él y su tiro.

Como no se aguardaba este espectáculo, fué tanto mejor recibido por los espectadores. Desde las carreras de Neron, nada se habia visto semejante. Toda la plaza aplaudió. Este ruido eléctrico dió fuerzas al cochero rojo, que no habia hecho por lo demás, sino tocar la tierra, y que volviéndose á levantar en el acto, subió otra vez en el carruaje: algunos esfuerzos le bastaron para desenredarlo, y salió otra vez al galope. El cochero amarillo pasó entre su camarada volcado, y en lugar de ser el cuarto era el tercero: ninguno quedó en la plaza sino el desventurado cochero verde, que levantó su carro haciendo algunos esfuerzos, y puso en pie á sus caballos: durante este tiempo el co-

chero rojo acabó su carrera y llegó triunfalmente á la meta.

Al punto sonó la trompeta, y el porta-estandarte subió en el carro del vencedor, que se fué á recibir, no sé dónde, el premio de su victoria, seguido por las tres cuartas partes de la concurrencia: la otra cuarta parte quedaba para consolar á los vencidos. No hubo por lo demás, nada que invirtiese el órden en las intenciones del buon-gobierno; el cochero rojo obtuvo la corona que la mano paternal del gonfaloniero tejió para él, y si habia habido algun cambio en el programa fué, como se ha visto, en ventaja del público.

Sin embargo, el gran duque y las jóvenes archiduquesas se asustaron mucho. Se informaron de su parte si habia ocurrido algun accidente sério: felizmente se habia reducido á algunos arañazos. La concurrencia se marchó al momento: era la hora de comer, y toda Florencia se habia citado para las ocho de la noche, desde las diez de la mañana, en los malecones que forman las márgenes del Arno.

Habiamos sido invitados, como hemos dicho, á ver las fiestas nocturnas del palacio Corsini. La duquesa de Carigliano, linda hija del príncipe, una de las mugeres mas artista y mas espiritual de Florencia, habia querido hacernos invitar á nombre de su suegro. Nos admiramos de esta invitacion, porque sabiamos que el príncipe estaba en Roma. Pero la primera persona á quien hablamos de esto, nos respondió que sin duda alguna el príncipe volveria de Roma para hacer los honores de su palacio, no solo á sus compatriotas, sino tambien á los extrangeros atraidos á Florencia por la solemnidad de las fiestas del patrono San Juan. En efecto, supimos en casa del señor Finzi que el príncipe acababa de llegar.

El príncipe Corsini es por su nombre y por sus mo-

dales uno de los mas grandes señores que existen en el mundo: creo que descende de un hermano ó un sobrino de Clemente XII, al cual los romanos reconocidos elevaron una estatua de bronce que fué colocada en el Capitolio, despues de su pontificado de nueve años. Desde ese pontificado data para los Corsini el título de príncipe, pero la ilustracion histórica de la familia se remonta á los primeros tiempos de la república. De la familia de los Corsini era la muger animosa con quien se desposó Maquiavelo, y que le inspiró su linda leyenda de *Belphegor*.

Napoleon, que conocia á los hombres y que explotaba en provecho suyo todas las capacidades, señaló muy particularmente al príncipe Corsini. Le atrajo á Francia, le hizo consejero de Estado y oficial de la Legion de Honor. Para Napoleon no era bastante tener posicion para conseguir semejantes favores, era preciso merecerlos: el príncipe Corsini tenia posicion y los merecia á la vez. Tambien fué á él á quien Napoleon *recomendó* la princesa Elisa cuando fué á Florencia, donde la aguardaba la corona de gran duquesa.

Cayó Napoleon y arrastró consigo á toda su familia en su caida. El príncipe Corsini, á quien se habia hecho ciudadano francés, volvió á ser italiano. Entonces Roma le nombró senador, como la Francia le habia hecho consejero de Estado. El príncipe Corsini hizo su entrada en Roma; era una ocasion que se ofrecia al príncipe de honrar su nombre y su rango: la aprovechó como se aprovechan siempre las ocasiones de este género. Durante tres dias las fuentes del Capitolio echaron vino; durante tres dias se sirvieron mesas redondas en el Forum. No se habia visto cosa semejante desde Cesar: 45,000 escudos se gastaron en eso: 45,000 escudos componen cerca de 270,000 francos de nuestra moneda.

Así, cuando el gran duque de Toscana pensó pedir en matrimonio la hermana del rey de Nápoles, el príncipe Corsini fué el encargado de las negociaciones. El príncipe Corsini aceptó la embajada á condicion de hacer él todos los gastos. El gran duque comprendió lo que había de altivez en la exigencia: dió carta blanca al príncipe Corsini, que se presentó en la córte de Nápoles como el enviado de un emperador. Unicamente, celebrado el matrimonio, el gran duque dió al príncipe Corsini la placa de San José montada en diamantes.

Cada dos ó tres años el príncipe Corsini da un baile: este baile le cuesta de 40 á 50,000 francos. Algunos dias antes de mi partida de Florencia asistí á una de esas fiestas: éramos mil y quinientos convidados: durante toda la noche se estuvo sirviendo el bufet para todo el mundo, y no había un lacayo, una pieza de plata, un candelabro ó una banqueta, que no tuviese la librea ó las armas de los Corsini. El antiguo palacio podía alimentar todavía, puede decirse, con toda clase de alimentos, á quinientas personas mas.

Al presente no me admira que el príncipe hubiese vuelto espresamente de Roma para hacer en Florencia los honores de estas fiestas, que verificándose debajo de sus balcones, parecen dispuestas mas bien en obsequio suyo que en el de San Juan.

La entrada del palacio Corsini es magnífica: subiendo la escalera que domina la estatua de Clemente XII, se cree uno en Versalles: mil personas paseaban ó bailaban en la antesala con toda comodidad. Apenas entramos, cuando la princesa Corsini, á quien todavía no conocíamos, vino hácia nosotros con una afabilidad y una gracia enteramente francesas. La princesa Corsini es rusa: abandonó la Italia de Asia por la Italia de Europa, la Crimea por la Toscana, Odessa por Florencia:

es una señora jóven y bella, de aire magestuoso, y á quien sus trages de brocado de oro y sus aderezos de diamantes, dan el aspecto de una castellana de la edad media. Así no sé que haya nada mas en armonia con aquel palacio todo pintado por el Ticiano, Rafael y Van-Dyck, que la señora, que parece haberse desprendido de uno de los lienzos para hacer en él los honores.

Me acordaré toda mi vida de la impresion que sentí cuando desde aquellos salones resplandecientes de luz, dirigí mi vista hácia el Arno convertido en una corriente de fuego por la iluminacion. Los italianos tienen especial habilidad para disponer las iluminaciones en sus fiestas. El rio lleno de góndolas empavesadas deslizándose el sonido de los instrumentos y llevando alegres convidados que brindaban mutuamente unos por otros, estaba, propiamente hablando, entre dos malecones de fuego. Por todas partes donde el agua se veia, el agua reflejaba fuego: el Arno como el Pactolo, parecia llevar ondas de oro.

Concluido el fuego artificial, cada uno se despidió del príncipe. A las nueve y media había baile en el Casino, y como la córte iba á aquel baile, era preciso que la aristocracia florentina fuese á él para recibirle. Me despedí con gran sentimiento mio, no del príncipe y de la princesa á quienes no volví á ver, sino de su palacio que me prometí volver á visitar. Por lo demas, la separacion no debía ser muy larga: comimos allí al dia siguiente.

Como había uno ido en traje de serio al palacio del príncipe Corsini, no había que hacer sino andar cien pasos para hallarse en el Casino. Entiendo por traje de córte ó de serio, corbata blanca, cruces, insignias y condecoraciones. En cuanto al uniforme, el duque no lo exige, aun para los bailes en el palacio Pitti. No es do

rigor sino en las recepciones del día de año nuevo, y en los conciertos de la cuaresma.

Seria imposible hallar un contraste mas perfecto que el que me inspiraba. Nada mas rico que el palacio Corsini, nada mas sencillo que el Casino. Es un departamento que da por un lado al muelle, y por el otro á la plaza de la Trinidad, y compuesto de cuatro ó cinco salones, pintados sencillamente al temple. Una de estas salas está destinada al baile, las otras al billar y al whist.

Cuando entramos, acababa de llegar la córte. Los respectivos embajadores aguardaban á sus compatriotas en la primera sala, y los presentaban sucesivamente al chambelan de servicio. Este era todo el ceremonial. Cumplida esta formalidad, podian entrar en la sala del baile. Nada, por lo demas, distingue al gran duque y su familia de los que le rodean: la diferencia que existe entre ellos y los demas convidados, es que los sillones se reservaban á las archiduquesas, y que en lugar de aguardar invitaciones, ellas son las que invitan por medio de sus chambelanes, á los caballeros con los cuales desean bailar. Estas invitaciones no salen de un círculo reducido, y se dirigen generalmente á los personajes que desempeñan cargo en el palacio Pitti. Los privilegiados son pues en general, los hijos del principe Corsini. No hay que decir, que si hay en el salon algun principe extranjero, se le invita con preferencia.

A las tres dejó la córte el baile, lo que no impidió á los entusiastas continuar bailando. Como no éramos nosotros de este número, nos retiramos inmediatamente y volvimos á nuestro palazzo.

El día 25 habia menos que ver que el 24, no habia sino corso, carrera de *barberi* y Pergola. Fuimos convidados, como hemos dicho, á comer en casa del principe Corsini. Habia pues, medio de ver todo.

El corso era el mismo que los días anteriores: nada nuevo tengo que decir sobre esto á mis lectores. A las tres estábamos en el palacio del principe Corsini: la comida se habia adelantado una ó dos horas, á fin de que pudiésemos asistir á la carrera de los *barberi*.

Una de las cosas mas difíciles de encontrar en el extranjero, para un francés, es esa agradable y franca conversacion *parisienne*, de la que no se conoce el precio sino cuando se ha perdido y se busca en vano. Recuerdo que un día una de provincia suplicab adelante de mí á madama Nodier que le hablase de nuestras soirées del Arsenal: « Madama ¿me hace vd. el obsequio de decir sobre que gira la conversacion entre vds? — ¡Oh! Dios mio, respondió madama Nodier, nadie la hace girar mi querida amiga; ella sola gira. » Esto asombró mucho á la provinciana, que creía que ella como una pudorosa doncella, tenia necesidad de ser dirigida por un aya.

Pues bien, esta conversacion insustancial, frívola, profana, verde, ligera, poética, proteo de mil formas, é impalpable onda encrespada, que nace de nada, que se aficiona á un capricho, se eleva por el entusiasmo, vuelve á caer con una chanza, se prolonga por la intimidad, muere por la indiferencia, se vuelve á encender con una chispa, brilla de nuevo como un incendio, se estingue de repente como un meteoro para reaparecer sin saber por qué ni cómo: esa conversacion de que nuestra imaginacion variable está mas ávida que el estómago mas exigente lo estaria de una buena comida, la hallamos en el palacio del principe Corsini. El principe recordaba á Paris, la duquesa de Castigliano le comprendia: en cuanto á la princesa es rusa, y se sabe la dificultad que nosotros mismos tenemos para distinguir á un ruso de un francés. Se habla de todo y de nada, del baile, de la política, del jockey-club, del to-

cador, de la poesía, del teatro, de moral, y se levanta uno de la mesa sin que pueda nadie decir de que se ha tratado, despues de haber emitido las ideas suficientes para alimentar la conversacion todo un año un pueblo de provincia.

Duró la comida hasta las cuatro y media; á las cinco eran las carreras. El príncipe Corsini habia puesto á nuestra disposicion el casino de su hijo segundo el marqués de Layatico, gobernador de Liorna. Como las carreras partian desde la puerta del Prado, los caballos pasaban justamente bajo las ventanas: no dejamos una hospitalidad sino para recibir otra.

El casino del príncipe Corsini seria en Francia un palacio. Entramos por la puerta del medio, detalle que no es insignificante, pues que la puerta del medio no se abre sino para el gran duque, los archiduques y el príncipe Corsini. Aquel dia habia doble motivo para que la puerta de honor se abriese. Desde el balcon del casino del príncipe Corsini es desde donde los jóvenes archiduques *deben* ver la carrera. Digo *deben*, porque creo que entre el palacio Pitti y el palacio Corsini es un antiguo contrato de príncipe á príncipe: el hijo pequeño del príncipe Corsini, que es un bonito niño de cinco ó seis años, hacia allí los honores á los jóvenes archiduques, que son, sobre poco mas ó menos, de su edad.

La hora de la carrera se aproximó: nos colocamos nosotros en las ventanas y balcones laterales; la ventana y el balcon del medio estaban reservados á los archiduques. La calle presentaba un aspecto del que no se puede formar una idea. A cada lado habia construido un anfiteatro de gradas que se elevaban á la altura de los primeros pisos, de los que las ventanas parecian formar el último escalon. Resultaba de eso que como las ventanas del segundo sucedian á las ventanas del primero,

el tejado de las ventanas del segundo y las gradas, ventanas y techos estaban llenas de hombres, mugeres y niños; no habia interrupcion de espectadores en un espacio de mas de cincuenta pies de alto. Añádase á este cuadro viviente, inquieto y variado, las largas y flotantes colgaduras de damasco de mil colores que en todas las fiestas públicas acostumbran los italianos á poner en sus balcones, y se tendrá una idea del espectáculo que se ofrecia á nuestros ojos en toda la extension que alcanzaba nuestra vista.

Bien pronto nuestras miradas se fijaron en los competidores: eran cinco lindos caballos de poca alzada, nacidos en Toscana, porque solo los caballos toscanos pueden aspirar al premio, del que parte es un regalo del gran duque, y parte el resultado de una rifa. Cada uno de ellos lleva en una pierna el número bajo el cual está inscrito, y sobre el lomo y á lo largo de sus costillas, cuelgan una especie de castañas de hierro cuyas puntas afiladas como agujas están destinadas á activar su carrera. Avanzan conducidos por sus respectivos dueños, que les hacen colocar detrás de una cuerda: á una señal dada, esta cuerda debe caer y dejar libre el paso. La distancia que recorren es, sobre poco mas ó menos, de dos millas. El punto de partida era como lo hemos dicho, la puerta del Prado, y el término la puerta de la Croce. Uno, dos, tres, cuatro ó cinco cañonazos debian anunciar la victoria, é indicar el vencedor el número de los cañonazos correspondiente siempre á su número.

Hecha la señal, cayó la cuerda; los cinco caballos partieron al galope y desaparecieron en el Borgo-Oguisanti. Cinco ó seis minutos despues se oyeron dos cañonazos; era el número 2 el que habia ganado. Al punto todo el pueblo se dispersó sin ruido ni rumor, marchándose,

no como el agua de un torrente, sino como la de un lago; alegre sin embargo, pero alegre con ese gozo interior que no tiene necesidad para ser completo, ó mas bien para aturdirse, de una manifestacion bulliciosa. Todo pueblo que se divierte con gran ruido, es un pueblo que sufre.

El espectáculo en sí mismo, no habia durado cinco segundos, y sin embargo, la ciudad se habia molestado para asistir á él. Es que, como ya hemos dicho, todo es pretexto para divertirse en Florencia. Se divierten allí mas con el placer que se tendria ó se debiese haber tenido, que con el placer que se tiene.

El día se terminó por la Pergola para la aristocracia, por el *cocomero* para los ciudadanos, y por el teatro de Borgo-Oguisanti y de la Plaza Vieja para el pueblo.

Hubiesen estado bien al día siguiente y al otro algunos ratos de fiesta, como despues de los temblores de tierra el suelo se estremece todavia algun tiempo; pero al instante todo volvió á su estado ordinario: en fin, los grandes calores de julio llegaron, y cada uno se marchó á tomar las aguas de Luca, de Via-Reggio ó de Monte-Cattini.

II
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL PALACIO PITTI

Desgraciadamente, como estábamos lejos de haber concluido nuestras exploraciones, interrumpidas por las fiestas de San Juan, forzoso nos fué quedarnos todavía. Dimos á nuestros conocimientos florentinos cita para las aguas de Monte-Cattini: despues les deseamos un viage feliz, y ellos que nos divirtiésemos.

Nuestra primera excursion fué al palacio Pitti.

El palacio Pitti, residencia habitual del gran duque, está situado como nuestro Luxemburgo, con el que tiene alguna semejanza, en la otra márgen del Arno. Se va á él por el Puente Viejo, siguiendo el pasaje de que he hablado, y que el gran duque Cosme, en su amor por la antigüedad, hizo construir por el modelo del que, segun

15327